



NUM. 2.º

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 13 DE ENERO DE 1867.

PRÓVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO XI. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



ñales principia á dar el invierno de que ya se nos ha metido en casa. Frios, lluvias y bailes capellanescos, en Madrid; frios, lluvias y nieves en Guadarrama, á cuyas elevadas cimas ya le ha puesto la estacion su espléndido manto, de

blancura deslumbradora: cafés y teatros concurridos, catarros y pulmonías esperando á la puerta, todas estas cosas y algunas otras, claramente indican, si el Almanaque no lo indicara, que hasta que los almendros se cubran de flores y vengan los dulces y luminosos días que tan agradable hacen la estancia en Madrid, ha de pasar un buen rato.

Esta es también la época de las recepciones diplomáticas en los palacios régios, y de los discursos de los soberanos, cuyas palabras, segun costumbre, generalmente son expresion de las esperanzas que los animan de mantener y estrechar sus buenas relaciones con las potencias amigas. El pronunciado por el emperador Napoleon puede resumirse en estas líneas: «El año nuevo (ha dicho) me proporciona ocasion de manifestar mis votos por la estabilidad de los tronos y la prosperidad de los pueblos. Creo que entramos en una nueva era de paz y de conciliacion, y que la Esposicion universal ha de contribuir á calmar las pasiones y acercar los intereses.» De lo cual han de nacer algunos la posibilidad de un Congreso de so-

beranos durante el año que corre, ó lo que viene á ser lo mismo, de que la Esposicion facilitará varias entrevistas con los jefes de los Estados.

En vista de los últimos despachos telegráficos, se presume que las negociaciones encomendadas por el gobierno italiano al señor Tonello, se hallan en vias de producir un arreglo con el pontificio, asegurándose que se han vencido por completo las dificultades que anteriormente habian hecho infructuosos los pasos dados por el conde Vegezzi.

Los periódicos ingleses publican una carta de Garibaldi, en que manifiesta que le seria imposible seguir al gobierno de la Gran Bretaña, si los actos de este gobierno tendieran á unirse al Austria y á Francia, para perpetuar la dominacion de la Turquía sobre los griegos de Oriente, dominacion de que hace una pintura desconsoladora, por los sufrimientos que los cristianos experimentan en Grecia. Lo cierto es, que la insurreccion de los candiotas, mil veces apagada en los telégramas, sigue dando que hacer á la Turquía, y que la cuestion de Oriente preocupa á mas de un gobierno europeo.

Otra gran manifestacion en Londres anuncia el *Morning-Post*, para el 11 de febrero próximo, en favor, como las últimas, de la reforma electoral. El gobierno vacila entre si ha de permitir la ó no, y á consecuencia de estas vacilaciones parece que ha consultado á los juriscultos de la Corona sobre la cuestion de legalidad. Estando prohibido desde 1848 acercarse al Parlamento procesiones análogas á la de que se trata, parece que los promovedores de ella piensan entregar un ejemplar de la peticion á cada uno de los que tomen parte, para que éstos, á su vez, se los den personalmente á los representantes reformistas de la Cámara, porque la ley no veda á los particulares presentar individualmente peticiones. En el mismo pais continúan los temores de una invasion feniana, y Stephens, personaje misterioso de quien todos hablan y cuyo paradero todos ignoran, sigue siendo la pesadilla del gobierno inglés.

La triste noticia, felizmente desmentida á poco de anunciarse, de que el gobierno ruso habia resuelto concluir con la nacionalidad de la desventurada Polonia, ha causado profunda sensacion en Europa. Se ha dicho que el autócrata ruso iba á publicar un ukase para la incorporacion definitiva de Polonia á su imperio; que habia destinado 20.000.000 de francos para

auxiliar á una sociedad cuyo objeto es adquirir dominios pertenecientes á polacos de varias provincias; que el idioma, la administracion, las leyes, el calendario, las fiestas religiosas, los pesos y medidas, en fin, todo lo que constituye la autonomia de un pueblo, seria comun entre Rusia y Polonia, para borrar definitivamente del mapa de las nacionalidades el nombre de la última.

El gobierno del Perú no abandona, por lo visto, la manía de fortificar el pais, y especialmente el Callao y el puerto de Ariza. Lo difícil es encontrar quien los defiendan, si las tropas siguen el ejemplo de las que guarnecian las Chinchas, las cuales han tenido á bien sublevarse, apoderándose de un buque para volver á sus hogares. De manera, que lo que hace aquel gobierno, es empezar á construir la casa por el tejado.

Con respecto á la cuestion de Méjico es tanto lo que se habla, y sobre todo, lo que se inventa, que es punto menos que imposible averiguar el estado en que se halla á la hora presente. Ya se asegura que los Estados-Unidos apoyan al emperador Maximiliano; ya se afirma que la Cámara de representantes de Washington habia acordado prestar su apoyo al poder ejecutivo para revindicar la antigua política de la república contra la intervencion armada extranjera en aquel continente, y con particularidad en Méjico; ya, en fin, se dice que el emperador Maximiliano aceptaria la presidencia de una nueva república mejicana, lo cual, sobre facilitar su mando, halagaria á los Estados-Unidos. Echen ustedes un galgo á la verdad de lo que pueda haber en esto, á ver si la encuentran. Hé ahí la razon por qué no damos crédito, hasta ver si se confirma, al documento que hemos leído en varios periódicos, proclama de Maximiliano al pueblo de Méjico, segun la cual, trata de convocar un Congreso nacional para que decida si ha de continuar ó no el imperio. ¡Dios los ilumine á todos, porque si el hoy no es claro, el mañana se presenta oscuro en aquel desgraciado pueblo!

En la noche del 31 de diciembre, fondeó en el puerto de Cartagena la fragata *Resolucion*, cuyo jefe, el señor Valcárcel, fue recibido en el muelle por una concurrencia numerosísima, con grandes y entusiastas aclamaciones. En la misma noche se iluminaron los edificios de la muralla y muchas casas de particulares; y al día siguiente comenzaron los festejos con que la poblacion ha obsequiado al señor Valcárcel.

cel, uno de los héroes que mas se distinguieron en los gloriosos combates del Pacífico, y á los marineros de la hermosa fragata. Próximamente daremos un grabado relativo á este suceso.

Del estado inserto en algunos periódicos, relativo á las obras estrenadas en esta corte durante el año último, resulta que el de la Zarzuela es el que ha ofrecido mayor número de novedades al público; pues si bien el Príncipe y el Circo han dado 1 original mas que él, en cambio él ha dado 10 mas que el primero y 5 mas que el segundo, traducidas. El total de originales y de traducidas, arroja en favor de aquellas el no despreciable número de 14. Comparando este resultado con lo que sucedía no hace muchos años, no podrán menos de felicitarse los amantes de la literatura patria, que al fin va reconquistando el terreno perdido, al menos en la cantidad: en cuanto á la calidad, habría que hablar un poco. Pero no seamos descontentadizos: algo es algo, y tras estos tiempos, otros vendrán. Las empresas, impulsadas por una emulación digna de elogio, rivalizan en esmero para presentar las obras con el aparato correspondiente. De las decoraciones que se están pintando para *La espada de Satanás* y *La paloma azul*, comedias de magia, se cuentan maravillas. En los Bufos se estrenará pronto, segun dicen, la zarzuela titulada *La isla de las monas*. Deseamos ver si el decorado de la isla compite con el de aquellas dos comedias, pues en cuanto á monas, además de las que traen los piemonteses, hemos visto otras que no parecen sino cogidas en el mismo Tetuan, país de las monas, por excelencia, como es sabido.

Estando para redactarse en breve el catálogo de los objetos que han de remitirse á la Esposicion universal de París, convendrá que las provincias que aun no han enviado las relaciones de productos y documentos, sacudan su pereza y las manden pronto, para evitar dificultades y entorpecimientos.

La Esposicion de bellas artes que ha de celebrarse en esta corte, dará principio en todo el mes actual, ó en los primeros dias del próximo febrero.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA MARISMA TOSCANA.—PISA.

De Civitavecchia á Liorna, una de las principales plazas comerciales de Italia, se hace el trayecto en doce horas de locomocion mista, costeando el mar Tirreno, sin adivinar siquiera los risueños encantos de la Toscana, que se ocultan al deseo creciente del que se aproxima á la tierra de las flores, cuna ilustre de la regeneracion de las letras, las ciencias y las artes del *bel paese*.

La empresa de diligencias *Marignoli*, cuya existencia amenazada por los rápidos progresos del ferro-carri del Norte de Roma en su prolongacion á la frontera, parece redoblar su celo en el servicio que demanda la importante peregrinacion á la gran metrópoli, compitié ventajosamente—vergüenza es decirlo—con el ramal de via férrea que en seis mortales horas conduce desde Nunziatella á Liorna.

En los Estados de la Iglesia la misma soledad, igual despoblacion que la que se observa en la campaña romana; mas agreste y menos solemne que aquella, aunque interesante bajo el punto de vista histórico, pues siguiendo casi la huella *Via Aurelia*, se abarca una parte considerable del territorio de la misteriosa Etruria. Las dos paradas de Corneto y Montalto, que pueden considerarse por antonomasia oasis en medio de tanta desnudez, son de ninguna importancia y de menor atractivo, si se exceptúa el que prestan al primero de dichos puntos las escavaciones de los sepulcros de Tarquinia; únicos restos que ofrece á la curiosidad archi-anticuaria el importante problema de los orígenes de la Hesperia mediterránea.

Al entrar en el antes Gran Ducado de Toscana, el lúgubre feudalismo parece todavía espiar, desde los nidos suspendidos en multiplicadas colinas de ceniciento aspecto, el tren que serpentea entre riscos y estrechos valles de perenne infeccion, malgrado los trabajos de saneamiento emprendidos para devolver á la agricultura el estenso terreno de las Marismas. Espaciase la vista, por instantes tan sólo, al trasponer el cabo Argentaro con la pintoresca situacion de Orbetello, entre el mar y las lagunas de influjo pestilente; el promontorio del microscópico Estado de Piombino, sitio de la Popolonia etrusca; sembradas aquí y allá la ciclópea Elba y las islas de Giglio, Montecristo y Pianosa; mas lejos, en el límpido horizonte, la Capraia y la Gorgona, y en la línea verdaderamente *indecisa* de los poetas, los rudos picos de Córcega. Perspectivas fugaces, que no compensan el hastío que causa la esterilidad del suelo, hasta pocos kilómetros antes de arribar á Liorna, emporio del mercantilismo, favorecido por la ejemplar tolerancia religiosa con que los príncipes toscanos supieron desarrollar la riqueza con que la brindaba su posición ventajosa.

Liorna debe todá su actual preponderancia á los Médicis que, hace tres siglos, la sacaron de su estado

miserable, colmándola despues de privilegios. No ha sido con ellos ingrata la ciudad favorecida, erigiendo una bella estatua al gran duque Fernando I, fundador de su puerto, en el punto en que comenzaron los trabajos de tan importante obra. Son dignas de llamar la atención las figuras colosales de bronce que adornan el pedestal de aquella, retratos—segun fama—de cuatro turcos prisioneros en el combate de Lepanto.

Hay que alejarse de este bazar del comercio occidental de Europa y de Levante por un camino de hierro construido en terreno llano, cubierto de estenso bosque de mirtos y encinas, y á distancia de 19 kilómetros tomar tierra en uno de los mas preciados santuarios del arte.

La historia de Pisa—á imitacion de la de los pueblos de Grecia, de donde trae su origen—ofrece el ejemplo, comun á las demás ciudades importantes de la Italia septentrional, de su preponderancia política á la sazón en que las artes renacian del estupor de la barbarie por un esfuerzo supremo registrado en sus anales con imperecederos caracteres.

Pisa, gloriosa entre las mas antiguas capitales de la península, alcanzó tal renombre por el lustre de las armas, de las artes y de su célebre Universidad que, en el siglo XII, apogeo brillante de las repúblicas italianas, contaba una poblacion de 150,000 almas; rival de Génova por su poder y su comercio, conquistadora de las Baleares y de Cerdeña, posesora del genio que sus hijos habian libado en Sicilia, Bizancio y Grecia. El Arno, que atraviesa la tranquila Pisa y que tiene su desembocadura á 10 kilómetros de distancia, entraba entonces en el mar á las puertas mismas de la ciudad, á donde llegaban las olas del Mediterráneo. De aquí su poderío marítimo y su preponderancia sobre las demás repúblicas vecinas, en los siglos XII y XIII.

Hay una época escesivamente sanguinosa en los fastos de estos pueblos; lucha fratricida, nacida del odio de dos familias, que engendró á su vez los *Blancos* y *Negros* de Florencia, con cuya exaltacion desgarradora se templó heroicamente la viril inteligencia del Alighieri. Sosteniendo sola la República pisana el partido gibelino contra Florencia y sus aliados Luca, Siena y el papa, luchó con varia suerte, hasta que Génova la hirió fatalmente en el combate naval de Meloria. En este punto de su historia tuvo lugar la terrible venganza ejecutada contra el conde Ugolino *della Gherardesca*. Muéstrase en el recinto de la ciudad el lugar que ocupó la Torre del Hambre, siniestro calabozo en donde fue condenado á morir de hambre el odioso tirano, con dos hijos y tres sobrinos. ¡Execrable crueldad, de que están plagadas las crónicas de aquellos tiempos! ¡Honor al Dante que la condenó enérgicamente con el sublime apóstrofe del llamado Canto de Ugolino—XXXIII de su inmortal Comedia!—

*Ahi Pisa, vituperio delle genti
Del bel paes là dove il si suona;
Poiché y vicini a te punir son lenti,
Movasi la Capraia e la Gorgona
E faccian siepe ad Arno in su la foce
Si qu' egli annieghie in te ogni persona* (1).

Desde el desastre de Meloria, la infortunada república presenta una série de reveses y victorias, ya para reivindicar su independendencia, ya para sacudir el yugo de dominadores extranjeros, ó para librarse, en asedios heroicos, del furor de sus émulos. Combatida por los poderosos de otros Estados, por la tiranía de sus propios señores y á menudo por la perfidia que abraza en su seno, pierde y recupera alternativa y fieramente su libertad. Vendida á vil precio por el rey de Francia y por Fernando el Católico, que la poseyeron temporalmente, y despues de una guerra de catorce años y medio, Florencia la somete á su yugo, en 1509, no sin ser antes abandonada de los nobles y de los ricos negociantes, que prefirieron la espatriacion á la humillacion de esperar resignados una rehabilitacion que no debía verificarse en el trascurso del tiempo.

La república de Pisa, en los dias de su mas azarosa vida, cultivó con amor las artes liberales, á escepcion de la pintura, que no tuvo representantes dignos de este nombre, ni entre las antiguas escuelas, ni—lo que es mas sorprendente—cuando Rafael parecia conataminar á las grandes y á las humildes ciudades de la península con la magia de su pincel. Bien es cierto que, en tiempo del divino artista, no era ya la orgullosa sede que hacia venir de Palestina la tierra que debía guardar los restos de sus ciudadanos ilustres...

De la pasada grandeza, dan muestra eficiente los monumentos que aun encierra la *Pisa morta*. Ambas orillas del Arno conservan preciosos modelos de aquella arquitectura original ilustrada por *Juan de Pisa*, *Buschetto*, *Diotisalvi*, *Bonanno de Pisa*, *Guillermo de*

(1) Admirable fragmento, que pudiera interpretarse de este modo, haciendo abstracciones de la estructura de la frase: «¡Ah Pisa! escarnio de las gentes del bello país en donde se pronuncia el *si*; pues que tus vecinos son débiles para castigar tus iniquidades, muévase la Capraia y la Gorgona, y sirviendo de dique á la embocadura del Arno, hagan retroceder sus aguas de modo que sumerjan á toda tu generacion.»—Dante distingue las diversas lenguas por medio de la particula afirmativa. Llama lengua de *ce* la del Mediodía de Francia y lengua del *si* la de Italia.—La Capraia y la Gorgona, pequeñas islas situadas no lejos de la desembocadura del Arno. (Bianchi. Comentarios.)

Insbruck. Todos atestiguan una opulencia perdida elevándose los mas insignes en un estremo de la ciudad «felices de hallarse reunidos en semejante soledad.»

Allí efectivamente, en una vasta plaza, cubierta de césped interrumpido solamente por la huella secula de artistas peregrinos, levantan sus afiligranados contornos los cuatro soberbios edificios que llenan una página tan brillante de la historia del arte: la Catedral (*Il Duomo*), la Torre inclinada (*Il Campanile*), el *Bautisterio* y el *Campo Santo*.

La catedral, rara combinacion del bizantino con el greco-romano, que ofrece la particularidad de una cúpula sobre pechinas, es una fábrica preciosa que exige descripcion aparte, por ser harto reducido el plan impuesto en estos ligeros apuntes.

La Torre inclinada, construida en la segunda mitad del duodécimo siglo, es de mármol, como los otros edificios, de forma cilíndrica y siete órdenes de columnas superpuestas, coronadas de otro macizo de menor diámetro. Su inclinacion es considerable; 4 metros 32 al exterior. Ninguno de los varios ejemplos de torres inclinadas que existen, tanto en Italia como en España, dan indicio seguro de que la mente del artista haya sido pervertir las leyes de la estética. Las opiniones que sobre tal punto existieran, deben desecharse por infundadas, toda vez que es probado, que el hundimiento del suelo fue la causa ocasional de semejantes fenómenos arquitectónicos. Por lo tocante al *Campanile* de Pisa, este parecer lo confirma una ligera inspeccion, pues desde el cuarto ó quinto piso—altura á que llegaba sin duda la obra cuando acaeció el hundimiento—se hacen sensibles las correcciones de las columnas, á fin de aproximar lo mas posible la plataforma á la horizontal. Dícese que Galileo hizo cálculos astronómicos en esta torre. ¡Digno observatorio de tan ilustre sabio!

Muchas ciudades italianas dan el ejemplo, consagrado por el rito primitivo, de tener el *Bautisterio* separado de los templos, enriquecido con lujo igual y superior al de las basílicas de que dependen. El de Pisa es, quizá, la perla de las reliquias que describimos. Los trabajos han sufrido diversas vicisitudes, durando cerca de dos siglos, lo cual explicaría la mezcla de la ojiva y del medio punto, sino fuese comun al *Duomo* y *Camposanto* tal anacronismo, que constituye, por otra parte, la originalidad de la escuela.—La disposicion en líneas alternadas de mármol blanco y negro, no daña aquí, como en otras partes, al conjunto; imperando los perfiles de arabesca profusion, que no permiten desarrollarse en grandes masas el juego de los colores; recurso verdaderamente nimio, cuando el arte del mosaista no se apodera de él.—La pila bautismal, que ocupa el centro de la sencilla decoracion interna, es de mármol blanco con incrustaciones de exquisita labor; la estatua de bronce de San Juan Bautista, de la escuela de *Bandinelli*.—El púlpito, monumento primoroso de Juan de Pisa (1264) sostenido por esbeltas columnas que reposan sobre leones, es un milagro de paciencia, de inventiva y de habilidad, inspirado por los bajo-relieves antiguos.

«En medio de los preciosos monumentos de que abunda Italia y que son, para los que la visitan, objeto de continuo entusiasmo, algunos merecen citarse separadamente, por su incomparable carácter de grandeza ó de belleza. El *Campo Santo* es de este número. Es un edificio que sorprende por su hermoso conjunto, y por la sencillez con que la austeridad está unida á la elegancia. Recordando á larga fecha, despues de haberlas visto, esas iglesias, que la piedad de la Edad Media hacia surgir en todas las ciudades italianas, pueden confundirse en la memoria unas con otras; pero el *Campo Santo* queda grabado en ella con su robusta unidad como una huella indeleble. Es el cementerio mas hermoso que haya construido la Edad Media; es, al propio tiempo, la cuna y una especie de *tribuna* de la pintura toscana de aquel tiempo.»

Tal se dice del insigne monumento que resta por describir; y á saber dar interés al relato, seria interminable, consagrando á aquel singular Museo la atención que merece.

Juan de Pisa, arquitecto y escultor, ya mencionado, dió principio á la obra en 1278, concluyéndose ciento ochenta y seis años mas tarde. Los pisanos quisieron honrar la memoria de sus grandes hombres en un verdadero panteon, haciendo venir, al efecto, la tierra de Jerusalem. ¡Qué ejemplo de la fortuna de las naciones! En la prosperidad, las mas humildes concepciones revisten el sello de lo sublime. Todo es mezquino y miserable en la abyeccion...

Un exterior magestuoso, de sencillo muro, al cual están adosados arcos sobre sus correspondientes pilas tras con capiteles adornados de figuras, no da idea de las magnificencias del interior. El precioso nicho encima de una de las puertas con magistrales esculturas de la Virgen, Santos y los Donadores es obra tambien de Juan Pisanó.

El espacio rectangular, de 450 pies de longitud por 140 de ancho, debía contener—tal era la primitiva idea—bajo el imponderable claustro que lo circunda, los restos de los ciudadanos dignos de semejante honor, cubiertos de lápidas uniformes, sin un

laudatoria que sus nombres, ni mas ornamento que las pinturas murales que aun hoy lo decoran. Andando el tiempo, soberbios mausoleos, que la vanidad mas que el merecimiento erigieron en el sagrado recinto, vinieron á desvirtuar el pensamiento de los fundadores.

Y no sólo los sepulcros que el sacerdote bendice, pero las ruinas del paganismo, vasos, estatuas, columnas, aras, fragmentos de toda especie, los mas agenos al destino del Campo Santo, vinieron—á título de obras de arte—á ufanarse en la insigne mansión.

De modo que, para impregnarse de la verdadera idea con que se entra en la silenciosa morada, hay que abandonar las galerías, pisar la húmeda yerba del patio, estasiarse un momento ante los nítidos encajes que penden de los arcos á manera de estalactitas, y allí, al pié de la cruz, que enlaza olorosa pasionaria, orar por los buenos.

La mayor parte de las esculturas del Campo Santo son óptimas. Bajo-relieves, esculturas de la Edad Media, monumentos funerarios, el cincel antiguo y el moderno, sin que falte un *Canova*, ni un *Thorwaldsen*; todo tiene digna representacion en este espléndido cementerio.

Los frescos han padecido mucho á causa del abandono y de las condiciones naturales del edificio bajo un clima escesivamente lluvioso.—Todos los de *Giotto*—los mas interesantes—han desaparecido ó están próximos á su ruina: otros son bárbaros ó escesivamente cándidos. Por fortuna, hay uno de los mejores trozos casi intacto: *el Triunfo de la muerte y el Juicio final*, de A. Orcagna. Composiciones múltiples, terroríficas, de un estilo elevado y de un efecto sorprendente. El grupo de la primera, que representa una cabalgata de nobles á cuyo frente marcha Ugocione della Faggiuola, señor de Pisa, que se tapa la nariz á la vista de los cadáveres de tres reyes á diferentes grados de descomposicion, es imponente; es el arte en sus albores, pero espresion, ya sublime, que infunde terror convulsivo.

La grandiosa forma del Juicio final, no deja una impresion menos duradera.—¡Qué santa indignacion respiran las figuras del Salvador y de la Virgen! ¡Qué solemne tribunal de Apóstoles! A un lado, los elegidos; al otro, los réprobos. No en vano se conceptúa esta pintura como la que inspiró á M. Angel la de la capilla Sixtina; pues es notorio que la contemplaba con admiracion. En la de éste han desaparecido las agrupaciones lineales, trasformando el conjunto con su poderosa manera; pero la magestad y el sentimiento religioso serán siempre el patrimonio de la obra capital del maestro del Campo Santo.

El Campo Santo, es, pues, el panteon de las glorias pisanas. No terminaremos, sin hablar de una muy singular que adorna sus muros.

En la parte Sur y á los lados del mausoleo de Enrique VII, se han suspendido las cadenas que cerraban la entrada del puerto de Pisa, devueltas por la generosa Génova y por Florencia, en ocasion reciente, en que una nueva aurora señalaba nuevos destinos á los hijos de la patria comun. Hé aquí la inscripcion conmemorativa de la fraternal reconciliacion:

QUESTE CATENE DEL PORTO PISANO
NEL MCCCLXII
DAI GENOVESI RAPITE E DONATE AI FIORENTINI
STETTERO PER SECOLI APPESE IN FIRENZE
TROFEO D'IRE FRATERNE
CON SOLENNE VOTO DI QUEL COMUNE
NEL MDCCCXLVII RESTITUIRE
E PER DECRETO DEL MUNICIPIO PISANO
INFISSE NELLE MURA DI QUESTA RPLENDIDA SEDE DI TANTE GLORIE
SIANO AUGURIO D'INVITA CONCORDIA FRA LE CITTA ITALIANE
PEGNO E SEGPACOLO D'UN ERA UOVELIA.

Imposible parece llevar mas lejos la intuicion patriótica de un gran pueblo.

J. F. QUIRÓS.

LA HUELLA DE JUAN PABLO.

Media parte del siglo XVIII vivió en un pueblecillo de Alemania uno de los corazones mas tiernos de aquel siglo; uno de los espíritus mas altos de la historia; uno de los pensadores mas originales de la tierra; uno de los escritores mas dignos de la inmortalidad; uno de los hombres mas completos que ha tenido el mundo.

La posteridad lo llama cariñosamente Juan Pablo; sus contemporáneos lo conocian con los nombres bautismales de Juan Pablo Federico: él iluminó con el santo resplandor de su gloria inmaculada el oscuro apellido *Richter* que le legó su padre.

No voy á escribir su biografía, que no soy de los que irrespetuosamente intentan, aconsejados por su petulante pequeñez, describir en compendio una vida difícil y gloriosa: la biografía de Richter llenaria volúmenes: voy solamente á seguir en una de sus evoluciones aquel espíritu magestuoso.

Richter era pobre, y la vida difícil de la pobreza, lo era mucho mas para él, porque tenia á su lado un

sér, por cuyo afecto aprendia á estimar el valor del bienestar que le faltaba; vivia con su madre.

Cuando ésta, á pesar de sus ruegos cariñosos, trabajaba mas de lo que Juan Pablo creia conveniente, el escritor en germen la reñia con blandura, y por no presenciar los afanes de su madre que pesaban sobre su corazon como otros tantos sacrificios, se alejaba de su humilde hogar, iba á divagar por el collado que domina su pueblo nativo y allí meditaba hondamente en su destino.

La soledad, amable consejero de las almas fuertes; el silencio persuasivo de esa naturaleza que jamás importuna al desgraciado, y la plenitud de su corazon y de su fantasía, uniéndose en feliz intimidad, procuraron tan dulces consuelos á su alma, tan reposados pensamientos á su inteligencia, que Juan Pablo concluyó por amar aquel retiro, y, al mismo tiempo tal vez, en que, destocada su volcánica cabeza, paseaba Juan Jacobo (1) por la amena soledad del *Hermitage*, él se tendia sobre este césped á contemplar el cielo.

En esta posicion, acaso atendiendo con el oido como hacia deleitosamente Goethe, á los rumores de la vida vegetal, fijos los ojos en la bóveda celeste, yaciendo á su lado el libro que durante el dia estimulaba sus pensamientos, Juan Pablo se olvidaba de las horas y mas de una vez lo sorprendió la noche en aquel éxtasis.

En su *Diario* ejemplar lo afirma él mismo: cuando el crepúsculo de la tarde lo sorprendia en la colina, y el dulce placer de la contemplacion le sugeria la idea de quedarse allí hasta que el cielo se poblara de estrellas, y entre la inmensidad y él no hubiera mas que formas confusas, objetos vagamente perceptibles, su pecho se dilataba, su corazon se henchia, su espíritu se alzaba.

Si el filósofo del arte encontraba en estos mudos coloquios con la naturaleza nuevas ideas, pensamientos originales, la senda que mas tarde habia de conducirle á su *Estética*, el hombre se fortalecia interiormente con estas meditaciones solitarias, y el moralista adquiria la difícil fortaleza á que tan pocos llegan, la que hace posible y natural la práctica de los preceptos racionales mas austeros.

Juan Pablo era jóven todavia, y el amor de la naturaleza que en su espíritu se desarrollaba, tenia todos los encantos, todas las dulcísimas fruiciones que esa comunión con el mundo esterno produce en las almas sensibles, en los corazones nuevos, en el sentimiento menesteroso de ternura.

Juan Pablo obedecia á las solitaciones de su alma, y sin esplicarse claramente el origen del placer que le proporcionaban sus paseos por la colina, la visitaba diariamente, y ordenó su tiempo de tal modo que al llegar la tarde, se le veia trepando lentamente por el collado, con un libro bajo el brazo, libre al aire el cuello y la cabeza.

Si por su organismo era una costumbre agradable aquel paseo, por su inteligencia se convirtió en necesidad.

Allí, en presencia del Dios que toda alma sencilla ve claramente detrás de su Creacion, Juan Pablo se entregaba á la meditacion.

Hondamente sumergido en ella, lo sorprendió una de las noches de primavera mas luminosas y mas bellas.

Los mundos que pueblan el éter azulado, fulguraban: la transparencia de la atmósfera descubria los astros mas lejanos, y á la luz de los infinitos luminares de la noche, Juan Pablo contemplaba en muda adoracion la belleza de la tierra, la gracia de las plantas, los inagotables encantos de todo lo creado.

El aire era tibio; el césped que renacia, brindaba un lecho muelle y embalsamado por exhalaciones aromáticas; el dulce rumor de los insectos y las hojas convidaba al sueño...

Juan Pablo se dejó persuadir, se abandonó á aquel deleite y dormitó.

Dormitaba, no dormia: los sentidos, que son los primeros en dormirse, no dormian, y el espíritu siempre vigilante, aun en el sueño, lejos de postrarse, adquirió una actividad extraordinaria.

Ni despierto, ni dormido, Juan Pablo pasó un largo rato en aquel estado, al parecer feliz.

De repente hizo un movimiento violento, abrió los ojos, miró á su rededor, se incorporó en su lecho de yerbas y de hojas, y de un impulso se irguió cuan alto era.

Estaba pálido; su mirada denunciaba agitacion; pero en la blanda sonrisa de sus labios y en la tersura de su frente, iluminada por la luz del pensamiento, habia la serenidad que acompaña á las grandes percepciones.

Dobló la cabeza sobre el pecho, se recogió en sí mismo un breve rato, y cuando levantó los ojos y miró al espacio, se habia trasfigurado: su frente se habia plegado entre las cejas; sus ojos brillaban con tranquilo brillo y la sonrisa de sus labios se habia entristecido.

El pliegue de la frente revelaba una gran sacudida interior, una evolucion del alma; la conquista de una idea. El brillo de sus ojos, aseguraba un adelanto; el

(1) Rousseau.

espíritu acababa de progresar, y se presentaba en los ojos, brillando de alegría. La dulce tristeza de su sonrisa anunciaba la trascendencia del cambio interior que se habia consumado.

Juan Pablo miró alternativamente el cielo y la tierra, y como si aquella inspeccion hubiera confirmado la verdad de que pedia cuenta, se dispuso á partir.

Al hacerlo, recordó que le faltaba el libro y fué á buscarlo al mismo lugar en donde habia dormitado.

Al acercarse, exhaló un grito de sorpresa, y retrocedió lentamente de aquel sitio, mirándolo ávidamente, espresando en su rostro el temor doloroso de una alucinacion.

¿Por qué retrocedió Juan Pablo? ¿Por qué se creia bajo el dominio de una alucinacion? ¿Por qué miraba fascinado el lugar en donde, ni dormido ni despierto, tendido sobre las hojas y la yerba, habia conquistado la idea trasformadora?

Porque las hojas y la yerba, en vez de reerguirse, cuando su cuerpo dejó de doblegarse, conservaban con pasmosa exactitud la huella de su cuerpo.

Juan Pablo miraba con angustioso asombro aquella huella que con tanta verdad retrataba su contorno, y cuanto mas miraba, mas vivo era su asombro.

«Sí, decia, mirando siempre; soy yo mismo en contorno: no he soñado; era verdad lo que pensaba mi alma: cuando el cuerpo muere, solo su huella deja en la tierra...»

Juan Pablo la miraba mas ávidamente á cada instante; pero entonces, en vez de retroceder, se aproximaba. Y como si al tiempo en que el poder de fascinacion obraba en sentido contrario lo incitara su espíritu y reaccionara, Juan Pablo se dominó á sí mismo, contempló tranquilamente la huella que en la tierra habia dejado su cuerpo, y recogiendo otra vez su pensamiento, meditó en la idea invisible que habia conquistado mientras dormitaba, y vió claramente que la huella de su cuerpo, era tambien la huella, era la forma visible de su idea.

Y suspirando, sonrió.
«Es verdad, murmuró, mi idea tenia dos prismas; uno luminoso y otro oscuro: esto quiere decir que la idea de la muerte que me ha dominado durante estas horas que bendigo, tiene tambien dos espresiones; una de alegría, la que asegura nuestra inmortalidad espiritual, la que llevo en mi alma, la que va conmigo; otra de tristeza, la que anuncia nuestro tránsito, la que profetiza nuestra emigracion de la tierra, y es visible, y la veo, y está ahí, entre esas hojas y esas yerbas que me han servido de lecho.— Está bien: ya tengo una idea completa de la muerte.»

Juan Pablo volvió á mirar al cielo, cada vez mas luminoso, y despues se prosternó respetuosamente delante de la huella de su cuerpo, diciendo con dulzura: «Si de la vida no queda mas que esto, del alma queda todo.»

Y se alejó.
Cuando llegó á su humilde hogar, escribió con el pulso tranquilo y el alma serena como la armonía de la noche: «Hoy he tenido una revelacion: se la deseo á todos los mortales.»

EUGENIO MARÍA HOSTOS.

VISTA DE LA CALLE DE LA PRINCESA.

EN EL BARRIO LLAMADO DE ARGÜELLES, EN MADRID.

El proyectado ensanche de Madrid, tal cual se ha concebido es, segun opinion de muchos, irrealizable, porque no responde á las actuales necesidades de la poblacion; las cuales pueden verse completamente satisfechas por largo tiempo con la agregacion de barriadas próximas á ella, como la de Argüelles, de que pasamos á ocuparnos.

La calle de esta capital cuya vista damos en el presente número, era la estrecha y despoblada via que hasta hace tres años conducia desde el palacio del duque de Liria hasta el portillo de San Bernardino, y en la cual solo existia la antigua casa conocida por el nombre del Duende y un costado del Seminario de Nobles, cuyo sólido é importante edificio está hace años destinado á Hospital militar. Aquel angosto callejon se ha convertido en tan corto período en una ancha calle con espaciosas aceras, dobles paseos de árboles y bellos edificios; y aunque sus actuales extremos los constituyen dos importantísimos edificios, cuales son el palacio del duque de Alba por el Mediodia y por el Norte el notable templo y accesorios del Buen Suceso, formará bien pronto una de las primeras entradas de la córte y avenidas á su centro, pues que por el lado del ensanche está enlazada con una via de primer orden y con respecto al del interior parece que se halla muy adelantado el espediente de su rompimiento por la posesion del Príncipe Pio hasta la plazuela de San Marcial: una vez realizado este proyecto, que— dará directamente relacionada tan interesante calle con el ramal de la de Preciados, que termina en la proximidad de la misma plazuela de San Marcial, á cuya nueva alineacion se ha sujetado ya algun edificio en la



MADRID MODERNO.—BARRIO DE ARGÜELLES, CALLE DE LA PRINCESA.

manzana determinada por las calles de la Justa y de Peralta. El trozo de tan principal avenida, representado en la vista que damos, limita por el Oriente el agradable barrio de Argüelles, en el que se están construyendo hermosos edificios, la mayor parte con jardines y bajo la base de que sirvan para una sola familia, cuya clase de edificios, tan comunes en las grandes poblaciones de Europa, era una necesidad en nuestra capital, habiéndose construido también algunos otros destinados á establecimientos industriales con las convenientes condiciones, de algunos de los cuales, como del tipográfico de los señores Gaspar y

Roig, nos proponemos dar grabados mas adelante.

Desde que hace muy pocos años, se dió principio á las construcciones, muchas de ellas bajo la inteligente direccion del arquitecto señor Regoyos, el vecindario de esta parte de Madrid, conocida con el nombre de *Barrio de Argüelles*, ha tenido un aumento notabilísimo; la causa desde luego se comprende. Situado en una altura donde el aire circula libremente y no se vicia con la facilidad que en el centro de la capital, y desde la que se dominan los puntos mas pintorescos que la rodean, y ofreciendo, además, á sus moradores mayor desahogo y economía las habitacio-

nes, trasladáronse muy pronto á él multitud de familias, y con éstas no pocas industrias, convirtiéndose en un centro de actividad que, con el tiempo, ha de ser uno de los mas importantes de la corte. Entre otros establecimientos, podemos citar el de El Museo, á espaldas de la calle de la Princesa, sobre la cual se distingue el penacho de humo que corona la chimenea del vapor que da movimiento á las máquinas donde se imprimen las obras de la casa. La sola traslación de las oficinas de dicha casa al elegante edificio, construido *ad hoc*, ha proporcionado al barrio un aumento de muchas familias, que de aquella dependen. Final-

mente, en los buenos días de invierno y en los de primavera, el alegre barrio de Pozas se ve invadido por multitud de paseantes que, para mayor comodidad, pueden, si quieren, ir á él en los omnibus que á cada hora parten de la Puerta del Sol.

DON MIGUEL,

DUQUE DE BRAGANZA.

En 14 de noviembre del año último, falleció en Spessart, un hombre que durante muchos años ocupó la atención de Europa. Este hombre era don Miguel de Braganza, cuyo retrato publica hoy El Museo.

Nació en 16 de octubre de 1802, y en 1807 se vió obligado á ir al Brasil con su familia, huyendo de los franceses que entraron en Portugal. Aunque era el hijo querido de su madre la princesa Carlota, no recibió absolutamente educación alguna. Rodeado de una servidumbre ignorante, aprendió á leer y escribir en sus tiernos años, por su propia inclinación. Apenas volvió á Portugal en 1821, cuando ya se vió envuelto en intrigas y luchas políticas. Las circuns-



DON MIGUEL, DUQUE DE BRAGANZA.

tancias no habían mejorado bajo la influencia del tiempo, y las parcialidades políticas del vecino reino estaban divididas por un odio implacable. Movido por las escitaciones de su madre, conspiró contra su propio padre, que quería sostener el nuevo Código fundamental, promovió una sublevación militar é hizo prisionero al mismo rey. Juan VI logró, sin embargo, escaparse en un buque de guerra inglés que estaba en el Tajo; pero como murió poco después, don Miguel apoyado por su madre y por el gobierno español, pudo formar un partido poderoso que tal vez hubiera alcanzado la victoria, á no enviar Canning un ejército inglés para sostener á los liberales. Don Miguel tuvo entonces que salir de Portugal y fué á Viena, donde Metternich trató de imbuir ciertas máximas, tanto á él como al que posteriormente ha sido el duque Carlos de Brunswick. La cuestión del trono brasileño-portugués se decidió por un convenio; don Pedro, hijo mayor de Juan VI, fue reconocido por emperador del Brasil, y su hija doña María, como reina de Portugal; pero don Miguel debía ser regente en Portugal hasta la mayor edad de la reina y

DIME LO QUE EN LAS CALLES DE MADRID VES, Y TE DIRE LA HORA QUE ES.



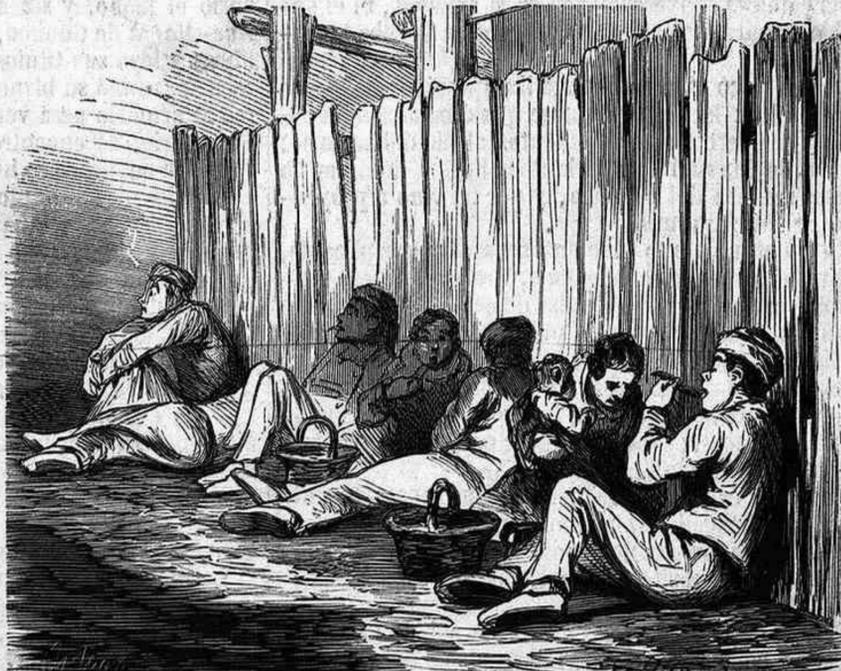
Quien á las nueve por las calles ande—parecerá un ogier de casa grande.



Las diez han dado ya ¡que triste es esto—de tener que vivir del presupuesto!



El que no vió á las once la parada—pudo estar en Madrid, mas no vió nada,



Quien diga que el trabajo no es un goce—busque á los albañiles á las doce,

después casarse con ella. En su consecuencia, se consideró muy perjudicado por este convenio, pues si bien comprendía que la corona del Brasil correspondía al hermano mayor, creía tener por su parte un derecho propio á la de Portugal. En febrero de 1828 desembarcó en Lisboa. Su novia, doña María de la Gloria, que se hallaba en el camino de Rio Janeiro, se volvió atrás al saber la noticia de que aquel se había proclamado rey. El sistema de don Miguel estaba completamente basado en los principios absolutistas, y los sucesos ocurridos desde 1832 hasta 1834 demostraron que era simpático en aquel entonces á cierta parte de la población, así como don Pedro, que representaba unas opiniones contrarias y que apoyado por los ingleses y los franceses combatía contra don Miguel por la corona, lo era á los grandes centros, como Oporto y Lisboa. Los generales de don Miguel debieron cometer grandes yerros para llegar á poner á éste en el caso de que en el tratado de Evora Monte (26 de mayo de 1834) se obligara á abandonar el país, renunciando al mismo tiempo la corona. Después de esto, se embarcó sin llevar absolutamente ningún dinero, en un buque inglés, se dirigió á Génova, y habiendo revocado allí su renuncia á la corona, se vió privado de la pensión portuguesa que se le había concedido como indemnización. El papa Gregorio XVI le invitó á ir á Roma y le pasaba una pensión, que suprimió después Pío IX. A don Miguel le gustaba mucho dar pruebas de su fuerza física, mostrando, por ejemplo, que con solos dos dedos doblaba una gruesa moneda de cobre. En 24 de setiembre de 1851, se casó con la princesa Adelaida Sofia de Lovenstein-Wertheim, y desde entonces vivió en Alemania. A su muerte ha dejado seis hijas y un hijo, el príncipe Miguel Fernando, que nació el 19 de setiembre de 1853. En todo el tiempo de su residencia en Alemania, oyósele hablar con resignación de su pasado y con cariño de su hermano, y muchas veces se complacía en referir aventuras que habían corrido juntos cuando muchachos. Era de mediana estatura y algo delgado; sus ojos garzos tenían una mirada penetrante; en la conversación permanecía siempre grave. Vivía alternativamente en Heubach ó Brambach, y en ambos puntos sus diversiones eran la caza, el tirar al blanco y otros ejercicios corporales.

EL ESPEJO ROTO.

I.

Hasta entonces había sido tan solo un espejo como todos los demás, un cristal azogado, que reflejaba en mi limpia luna cuanto ante mí se ponía. No hubiera podido decir cómo había sido fabricado, ni dónde había estado antes de ser conducido allí; ni tenía noción de mi propia existencia, ni del sitio en que me hallaba.

Era de noche: por entre los cortinajes de blanca muselina y seda color de rosa, que abrigaban el balcón, se filtraba un rayo de luna, que hacía resaltar los vivos colores del trozo de alfombra, en que se proyectaba. Sólo la zona luminosa de aquel rayo estaba iluminada en el pequeño gabinete, en que me encontraba yo: todo el resto de la habitación se hallaba sumido en la mas densa oscuridad: así es, que no se veían los lienzos ni las acuarelas que adornaban las paredes, ni la preciosa lámpara de cristal cuajado que pendía del techo, sostenida por tres cadenas doradas, ni el piano sobre el que se apiñaban las partituras de Rossini y Donizetti y las sonatas de Haydn y Beethoven, ni el *vis á vis* que convidaba á una de esas íntimas y dulces conversaciones de la amistad, ni el soberbio armario de palo santo en que me hallaba yo colocado.

Poco á poco el rayo de luna iba aproximándose mas y mas á mí: la zona luminosa que dibujaba en la alfombra se acercaba por momentos al pie del armario; el rayo de luz subía por minutos, llegó á iluminar la oscura madera del armario, y por fin vino á proyectarse en mi clara luna.

En aquel momento tuve una sensación inesplicable, profunda, nunca experimentada. Era mi primera sensación, nacía á la vida, dejaba de ser un espejo como todos los demás. Sentía en mí un ser extraño, activo, inteligente, que antes no existía en mí mismo. ¿Acaso en aquel rayo de luz había bajado un silfo ó una hada á dar vida al inerte espejo, á encerrarse en su limpio cristal y á hacerle sentir y pensar con su alma triste y meditabunda? No lo sé.

Lo cierto es, que experimentaba una sensación dulce, pero melancólica al mismo tiempo, como los versos de Alfonso de Lamartine, como los andantes de Mendelsson, el compositor que mas bien ha sabido expresar la melancolía.

El rayo de luna, después de haber subido hasta mí, empezó á bajar, acarició de nuevo el pie del armario, fue besando una por una las rosáceas de la alfombra y al fin desapareció.

¿Por qué no se fué con él el alma que se había aposentado en mi luna? ¿Por qué el hada ó el silfo, en vez de ir á albergarse en la flor que es su morada, permaneció en mí, animándome con su vida? Lo ignoro también.

II.

Fue aquella una noche de ansiedad.

Aquella habitación se hallaba desocupada, desierta: nadie en el solitario gabinete, nadie tampoco en la pequeña alcoba, cuyo blanco lecho parecía un precioso nido. ¿Quién iba á ocupar aquella habitación? ¿Me vería, acaso, condenado á reflejar días y días un rostro ridículo ó antipático?

Por fin, llegó la mañana. Con la luz del día, se animaron los preciosos paisajes y las lindas acuarelas, parecieron resucitar las flores de vivos matices de la alfombra y el piano dejó escapar como un triste suspiro.

Se abrió una puerta y entró una mujer ya de bastante edad, pequeña, rechoncha, rebosando salud de su cara encarnada y moftetuda. Creí que iba á ser aquella mujer la que ocupase la habitación, pero mal se hermanaba su vestido de percal con el lujo que ostentaba el gabinete.

Requirió la buena mujer un enorme plumero, y en seguida se puso á limpiar el polvo, cantando á voz en cuello aquel conocido motivo

¡Ay mamá, qué noche aquella...!

En esto, entró en la habitación un caballero delgado, alto, serio, triste, vestido de negro.

—¿Está todo dispuesto? preguntó á la criada.

—Todo está listo, señor, contestó ésta: la cama hecha, arreglados los muebles y sólo falta que acabe de limpiar el polvo.

—Pues despacha cuanto antes.

Y el caballero salió del gabinete.

La criada acabó de limpiarlo todo y marchó también.

—¿Qué preparativos serán éstos? ¿A quién esperarán? pensé.

Al poco rato volvió á abrirse la puerta y entró otra vez el caballero, diciendo:

—Entra, Trini; este es tu cuarto.

III.

Tras del caballero apareció una jóven, casi una niña, admirablemente bella, poética, angelical.

Era una cara pálida, triste, ligeramente ojerosa, coronada por una cabellera negra con reflejos azulados: los ojos, que miraban al suelo, eran aterciopelados, pensativos, incomparables.

El talle delicado en extremo, el seno apenas modelado aun, se dibujaban bajo el tosco y negro vestido de educanda de las Salesas Reales; pendía de su cuello la cruz de plata, y llevaba en la mano la blanca toca que había cubierto sus cabellos.

Pasó la preciosa niña por delante de mí, y sus ojos no se alzaron para mirarse en mi luna. Yo había esperado tener el placer de que viera en mí cuán hermosa era, y al ver defraudada mi esperanza, sentí un gran disgusto, un desengaño cruel.

—Este es tu cuarto, repitió el caballero: aquí tienes el piano, aquí el armario para tus vestidos, aquí tu tocador, este es tu costurero, estos tus libros, esta tu cartera de dibujo. Vayá, no pienses mas en el convento y las buenas madres: quitate ese traje tan triste y feo, y vistete, que pronto será la hora de almorzar.

Dicho esto, el caballero salió.

Lapobre niña quedó sola, y sin duda el recuerdo de las buenas madres ó del convento fue el que humedeció sus hermosos ojos negros. Pero bien pronto una alegre sonrisa se dibujó en sus labios sonrosados: abrió el piano, y sin sentarse, empezó á preluir el *Ave-Maria* de Gonnod, en seguida cogió tres ó cuatro libros y leyó sus títulos, vió lo que había en el costurero, examinó su blanco lecho de virgen y se aproximó al armario para ver sus vestidos. Pero al ir á abrir el armario, se encontró conmigo, con el espejo que reflejaba su preciosa imagen.

Bajó los ojos al punto, atemorizada.

¿Qué preciosa estaba en aquel momento, queriendo mirarse y procurando no caer en la tentación de lo que creía un pecado grave!

Su rostro pálido se había animado y se teñía con las tintas de la rosa, su naciente seno se agitaba, sus ojos brillaban como negros diamantes al través de las lenguas pestañas que los velaban.

—En el convento estaba prohibido, las madres decían que era pecado; murmuraba como hablándose á sí misma.

Y al mismo tiempo pensaba:

—¿Qué hay de malo en mirarse? Ya no estoy en el convento. ¿Seré bonita?

La lucha fue larga: al fin, los ojos se fueron alzando poco á poco, y al cabo se miró temerosa y ruborizada en mí. Sin duda debí decirle en mi mudo lenguaje que era preciosísima, pues se puso como una amapola.

Después, con un movimiento rápido, lleno de inocen-

te coquetería y de gracia irresistible, aproximó sus labios á mi cristal y besó su hechicera imagen.

Al sentir aquel beso, no sé como no salté en pedruzos; tan grande fue mi emoción.

Y la niña avergonzada, echó á correr y se escondió en su alcoba con el objeto de vestirse para el almuerzo.

Cuando volvió á aparecer en el gabinete, llevaba un sencillo pero elegante vestido azul. Pasó por delante de mí sin alzar los ojos, de prisa, como con miedo. En su rostro había algo de temor, de susto.

—En vez del frío cristal, he sentido bajo mis labios unos labios ardientes, llenos de vida. Y me parece sentir aun en mi boca el beso apasionado de aquella boca encendida.

Esto decían sus ojos. Sin duda el silfo que existía en mí, que era yo mismo, había contestado con su ardiente beso al beso Trini.

IV.

Así pasaron días y días.

La hermosa niña, cada día mas hechicera, parecía haber dado al olvido el extraño lance del beso.

Ya no tenía aprensión de mirarse en mí, de sonreírse á sí misma, de sonreírme cuando se encontraba bella. Ante mí arreglaba sus cabellos, ante mí se vestía. Pero sentía cierto temor de acercarse demasiado á mi cristal. Algunas veces al mirarse, cantaba con su dulce vozecita:

Díme, espejo, tú,
díme la verdad...

Otras veces me decía:—¿Estaré hoy bonita?

Y yo me sentía inerte, sin vida, sin alma, cuando su imagen no se retrataba en mí; y por el contrario, experimentaba un inefable placer, un júbilo estremado cuando se contemplaba en mí la preciosa Trini.

A veces, cuando se esmeraba mucho en su tocado, sentía yo celos, pensando que quería estar hermosa para agradar á alguno; deseaba yo que ella solo quisiera parecer bonita á su espejo.

Un día había en ella algo de extraordinario; sus ojos centelleaban, su seno se agitaba, su rostro estaba encendido. ¿Qué linda estaba! Se miró en mí con extraña expresión; parecía que deseaba hacer alguna cosa y no se atrevía á hacerla. Ejecutó dos ó tres movimientos inesplicables, pero se contuvo aun; luchaba contra una tentación irresistible, como segura de ser vencida por esta, pero cual si encontrase cierto placer en la misma lucha.

No pudo resistir por mas tiempo: en un arranque violento, lleno de fascinación, acercó sus labios temblorosos á mi cristal y me dió otro beso. Pero esta dulce caricia no era ya á su imagen, sus labios buscaban los labios misteriosos que la habían atemorizado la vez primera.

Yo, con aquel nuevo beso, quedé enamorado perdidamente de la preciosa Trini.

V.

Algun tiempo después noté que la niña solía estar mas pálida y mas pensativa que antes.

A veces, se ponía al piano, tocaba el último pensamiento de Weber ó el andante del famoso quinteto de Mozart, y luego quedaba sumida en sus pensamientos.

Otras veces, pasaba de repente de la mas profunda tristeza á la mas loca alegría, y en el mismo minuto suspiraba melancólicamente y se ponía á reír y bailar por la habitación.

Un día cogió su cartera de dibujo y se puso á trazar líneas: levantó el papel para ver de algo mas lejos el efecto de lo que dibujaba y pude percibir una bella cabeza altiva y varonil.

—No es esto, decía Trini descontenta. Su frente es mas despejada y pensadora, sus ojos mas dulces y mas tristes.

Y correja su dibujo.

De pronto se levantó, fué al piano y empezó á tararear acompañándose, la romanza de *Un ballo in maschera*.

¡O perdute dolceze!...

—¿Con qué sentimiento lo cantaba anoche! No lo decía él así; decía la niña, insistiendo en una frase de la romanza.

Decididamente, Trini estaba enamorada. Entonces fue cuando, al tener esta cruel evidencia, comprendí todo el martirio de los celos.

Unos días, lloraba, otros estaba loca de contento, suspiraba siempre y el amor la hacía estar mas bella lo mismo en la tristeza que en la alegría.

Ella ignoraba el tormento que su pobre espejo padecía, la fiebre que me devoraba, la lenta agonía que me hacía morir.

En este incesante martirio pasamos meses y meses.

Un día, cuando Trini se hallaba sentada al piano, se abrió la puerta, y apareció un jóven, el mismo cuyo retrato había ella trazado con cuatro líneas de lapiz.

—Como te dije anoche, Trini mía, vengo á hablar

a tu padre. Supongo que cuando te pregunte si quieres ser mi mujer, no dirás que no; dijo el jóven sonriendo.

La mirada de Trini, hija en el jóven, contenía un mundo de pasión.

El enamorado galán la cogió de la mano, la atrajo hacia sí, estrechó contra su pecho á la preciosa niña y posó en su blanca frente un casto beso.

En seguida, desapareció, sin duda para cumplir el objeto de su visita.

Al sentir aquel beso, en que las almas de Trini y el jóven se habían identificado, un dolor horrible, inmenso, se apoderó de mí: sentí que el silfo, ó el espíritu que en mí se hallaba encerrado, se estinguía de pena, y en aquel mismo momento mi brillante cristal se hizo mil pedazos.

Después, no sé lo que pasó.

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

TIPOS PORTUGUESES.

Con motivo de haberse inaugurado la vía férrea que nos pone en más íntimas y amistosas relaciones con Portugal, damos hoy uno de los grabados de la colección que tenemos dispuesta, representando algunos tipos de los más característicos del vecino reino, esperando que agradarán á nuestros suscritores.

MI ALMA Y YO.

I.

Yo estoy vendido al demonio,
Pero mi alma quiere á Dios;
Que, aunque parecemos uno,
Ella y yo formamos dos.

Yo desespero en la vida,
Cuando ella espera en la muerte;
Yo soy hoy, ella es mañana
¡Mañana que nunca viene!

Yo soy quien obra
Y ella quien siente;
Vive en el aire,
Yo entre la gente:
Mi Dios el mundo,
Su mundo Dios;
Tengo apetitos,
Tiene ella amor;
Por esto digo
Que mi alma y yo
No somos uno,
Que somos dos.

El mirarme, la entristece,
El mirarla, me alborozo;
Me dice: «¡Pobre demente!»
Yo la digo: «¡Pobre tonta!»

Y ella se pone á llorar,
Y yo me pongo á reír,
Y es que yo quiero gozar,
Y ella quisiera sentir.

II.

Cuando se anima y sonríe
Porque yo sufro y desmayo,
Diz que quiere darme á Dios
Y entonces diérala al diablo.

Cada día y cada mes
Una esperanza me quitan,
Y á cada esperanza muerta
Ella va cobrando vida.

Pero esto es nuevo
Y era al revés
Allá en los tiempos
De mi niñez:
Yo estaba alegre
Cuando crecía,
Mi vida á ella
La entristecía.
Por eso digo
Que mi alma y yo
No somos uno,
Que somos dos.

Así es, que yo á ratos pienso
Contemplando sus rarezas:
¡Ay! ¡Quién fuera un desalmado
Por tener el alma quieta!

Pero nuestra mala estrella
No quiso que fuera así;
Y soy yo infeliz por ella
Y ella es infeliz por mí.

III.

Dióme el diablo dos muletas,
El tacto y el paladar;
A mi alma el cielo dos alas,
El dolor y la ansiedad.

Me gusta en la siesta el jugo
De la manzana encendida;
A ella la luz de la tarde
Y el murmullo de la brisa.

Yo busco flores
Y mi alma estrellas;
Quiero mujeres,
Mi alma doncellas;
Yo me embriago
Y ella delira;
Siente tristeza,
Yo siento ira;
Mi Dios el mundo,
Su mundo Dios;
No somos uno,
Que somos dos.

Amo los ojos cargados,
Si el placer es quien los carga,
Y mi alma más que en los ojos,
Se recrea en las miradas.

En el goce y el pesar
Siempre cambiamos los tiros:
Yo, suspiro por besar;
Ella, besa los suspiros.

IV.

Cuando me callo al dormir,
Ella en vela, alza la voz,
Y es tan triste lo que habla
Que me despierta el dolor.

Pero como al despertar,
No hago caso de sus gritos,
Me ha dicho, que estoy más muerto
Despierto, que no dormido.

Solo el orgullo,
Solo el placer,
Mi frente pueden
Enrojecer;
Y á mi alma basta
Para su ardor,
El entusiasmo
Y aun el pudor:
Que de mi pecho
Con los latidos
Viven dos seres
Mal avenidos.

Toca el hierro al pedernal,
Y brota luz por la herida;
Toca el dolor en mi pecho
Y la luz del alma brilla.

Pero es dulce la tiniebla
Que no turba el corazón:
¿Para qué quiero una luz,
Si ha de alumbrar un dolor?

JOSÉ ANTONIO PAZ.

La ópera del maestro Berlioz *La condenación de Fausto*, ha obtenido un éxito extraordinario en Viena. La ópera se cantó con extraordinaria perfección.

En muchos puntos de Alemania y del imperio austriaco, los naturales consumen cada día una pequeña cantidad de arsénico antes de sus comidas. Principian por una cantidad muy pequeña, y van llegando gradualmente á dosis bastante elevadas. Las mujeres atribuyen á este régimen la frescura y morbidez de carnes que las distinguen. Los cazadores pretenden que su respiración se hace así más fácil y la fatiga más soportable.

Estos hechos son curiosos, pero no tanto aun como el que hallamos citado en un periódico de Boston. Cuenta éste que un individuo atacado de tisis pulmonar, enfermedad hereditaria en su familia, se puso en 1854 á hacer un diario de arsénico en dosis elevadas. Después de algunos años de este régimen, que sigue aun, se halló totalmente curado, y con una salud floreciente. Hace poco tomó delante del doctor La Rue de Quebec 20 centigramos de arsénico

Hace ya largo tiempo que se propuso el arsénico, ó sólido, y puso dos centigramos en un tabaco que se fumó en seguida.

mejor dicho el ácido arsénico, pues el cuerpo á que los químicos dan el nombre de arsénico, no se ha empleado nunca como medicamento ó como veneno contra la tisis; pero ningún médico se atrevió nunca á propinarlo en dosis tan fuertes, ni obtuvo resultados tan satisfactorios.

AL ANIVERSARIO DE LA PRIMERA

COMUNION DE MIS HIJOS, MARIA Y NARCISO.

No engañosa ilusión fue mi ventura,
cuando de Dios al ara
me acerqué con vosotros, hijos míos,
vertiendo dulces lágrimas.

¡Qué hermosa estabas, mi gentil María,
de flores coronada,
y ocultando tu pálido semblante
entre la ténue gasa!

El blanco traje, de pureza emblema
y de inocencia, santa,
de un celestial encanto revestía
tus infantiles gracias.

¡Pobre hija mía! tu filial ternura
la dulce voz ahogaba;
mas que orabas por mí, me lo decía
tu angélica mirada.

Y en tí, Narciso mío ¡cuán gozoso
la piedad contemplaba!
que es la virtud del hijo para un padre
la más firme esperanza.

Hijos del corazón, rudos combates
en el mundo os aguardan;
mas sólo el que al temor la cerviz dobla
sucumbe en la batalla.

Inspiradme, Señor, para que sea
eterna luz del alma
el puro sentimiento que mi pecho
en júbilo inundaba.

Al acercarme con mis tiernos hijos
á la mesa sagrada,
al recibir, Señor, el pan de vida,
fuente de amor y gracia,

padre feliz en tan supremo instante,
ví de un nuevo mañana
el sol brillar, y al esplendor primero
la tempestad cesaba.

Del rayo asolador á los estragos
ví seguir la bonanza,
y el insondable abismo de la pena
mi espíritu salvaba.

Vejez temida, edad de desengaños,
tu rigor no me espanta;
este llanto que ves es de ternura,
de amor y confianza.

¡Mis hijos olvidarme!—No, imposible!
¿Acaso la alianza
que se jura ante Dios, el tiempo borra
como cifra en el agua?...

No es desvarío ni ilusión mentida
que al corazón engaña,
el eco dulce de la voz de un hijo
que dice que nos ama.

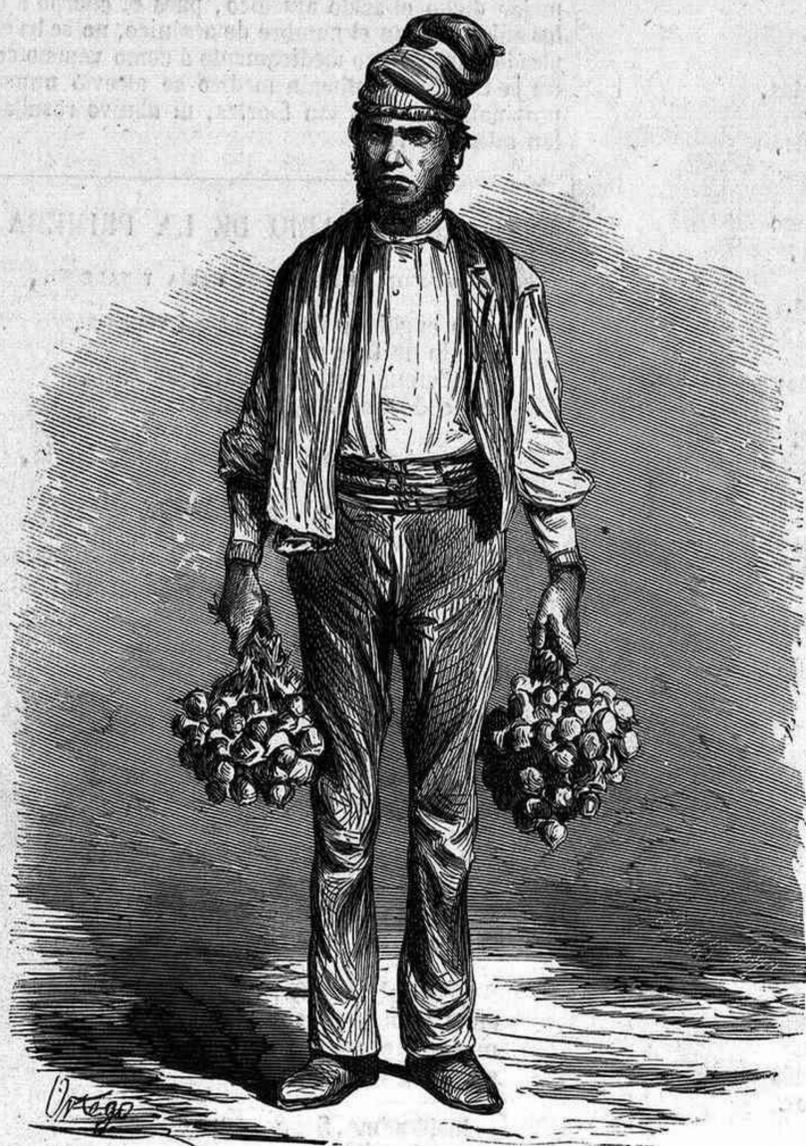
No te temo, vejez,—ven, en buen hora,
á ennoblecer mis canas,
el premio á ser de un padre cariñoso
y de una vida honrada.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

LA MURGA.

(CONCLUSION.)

Mientras toca la murga, algunos transeuntes, que hacen sin duda las piruetas como hacia los versos el desterrado del Ponto, de quien se dice que los hacia sin querer, aprovechan la ocasión para bailar, al compás del rondó del tercer acto de *Lucia*, del brindis de *Lucrecia* ó de un coro cualquiera de *Roberto*, la gallegada ó el fandango. Son muy contadas, sin embargo, las invasiones que los instrumentistas de la murga se permiten en el campo musical germánico é italiano. Su repertorio es generalmente el mismo del teatro de la Zarzuela, de cuyos hábiles compositores me parecen más dignos intérpretes que de Meyerbeer



TIPO PORTUGUES.—VENDEDOR DE CEBOLLAS.

étre el Viático en el portal que tiene obstruido y casi cerrado herméticamente.

Y estamos en pleno equinoccio estudiantil, que tambien los estudiantes tienen como los marinos sus tiempos turbios y revueltos y sus cordonazos de San Francisco. Estamos en la temporada de los exámenes, temporada calamitosa, en que los estudiantes que han andado á picos pardos, ó han invertido en leer novelas el tiempo que reclamaban para sí los libros de texto, ven cercano el dia de la expiacion, y los que se han descrismado para obtener una buena nota tiemblan ante la idea de que una leccion que no han podido aun repasar invalide un año escolar entero de trabajo, de privaciones y de improbas veladas. Estamos en el período funesto en que no hay estudiante que no se halle absorbido por el estudio y preocupado en su breve y agitado sueño por la terrorifica imagen de una calabaza. No hay uno que no oiga una voz amenazadora que dice: *Memento piger, quia mabis scholasticus es, et in reprobatum reverteris.* Se acerca para los estudiantes el *dies iræ*, y en el cuarto principal de la izquierda de la misma casa, ante cuyo portal ha sentado la murga sus reales, hay uno que se prepara para ingresar en la escuela de ingenieros civiles, y en el cuarto segundo de la derecha hay

cabullo por la primera bocacalle que encuentro al paso, aunque sea desviándome una legua del punto á que me dirijo; si yo, que al venirme detrás algun chiquillo silbando, hago alto, por prisa que tenga, para dejarle pasar, y no prosigo mi camino hasta que por un cálculo prudencial conceptúo que le separa de mí una distancia que no baja de un kilómetro; si yo me hubiese hallado en el pellejo de los jueces que entendieron en la causa formada al organillista, hubiera permanecido perplejo mucho tiempo antes de atreverme á declarar en conciencia su culpabilidad, que aun ahora me parece muy problemática. Y eso que un organillo no es una murga, de la cual deberia ser lícito desprenderse como de un moscon que se obstina en perseguir al hombre con sus zumbidos. Lo que decimos está en la conciencia de todos los hombres pacíficos. Si las maldiciones que lanzan estos á la murga se volviesen piedras, ¿qué individuo de los que la componen no estaria descalabrado?

Somos aficionados á la música, y sin vacilacion alguna reconocemos que es acreedora al primer lugar entre todas las artes, pues, como dice un humorístico escritor francés, donde las demás acaban ella empieza. Pero el mal está en que la música, buena ó mala, no acierta á circunscribir el terreno de sus operaciones, y obra al mismo tiempo sobre los que se complacen en ella y sobre los que por una anomalía de su organizacion ó por la especial disposicion de su ánimo no están de humor para oirla. Todos los que, no siendo completamente sordos, se hallan comprendidos dentro de su esfera de accion, la han de oír de grado ó fuerza. La impresion de un mal cuadro ó de una mala escultura que se tiene á la vista, se evita con solo volver la cabeza ó cerrar los ojos; la impresion de un mal libro en prosa ó verso, se evita con solo no leerlo; pero para evitar la impresion de una mala música que ha tomado despóticamente las avenidas de vuestra residencia y en lugar de recrearos os aturde, no os queda mas alternativa que armaros de una paciencia superior á la de un marido á quien mantiene su mujer, ó condenaros á una especie de ostracismo.

Concluyamos.

Inspiran á la murga un soberano desden los instrumentos de cuerda, y los de viento, que son los únicos de que se vale, son para ella tanto mejores cuanto mas estrepitosos.

No es inconveniente para pertenecer á la cofradía no haber aprendido música ni carecer de oído. Por lo contrario, tienen una gran ventaja los sordos, porque se evitan la molestia de oírse á sí mismos, y además, como á los instrumentistas de la murga se les paga con frecuencia no para que toquen sino para que callen, cuanto peor tocan, mas pronto se les suele hacer callar y mas pronto tambien ganan su dinero.

La cantidad de éste que da cada cual para retribuirles el trabajo, no está sujeta á un tipo fijo. Los de la murga toman una peseta si se les da una peseta, pero prefieren á ella, aunque sea del reinado de Carlos III, un napoleon y tambien dos, no obstante su españolismo, del cual no dudamos.

Los instrumentistas de la murga, con tal que lo que tocan lo toquen mal, pueden tocar en épocas normales lo que les dé la gana.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

y de Rossini, contribuyendo eficazmente á popularizar sus sublimes inspiraciones. El trozo cantable de una zarzuela, que se toma la molestia de tocar una murga en cualquier calle de Madrid, se trasmite inmediatamente á las inhábiles gargantas de todas las criadas que sirven en tan privilegiada calle, las cuales regalan con él los oídos del vecindario por espacio de quince dias consecutivos. No es este el menor inconveniente de la murga. Su música trae cola, y cuando parece haber cesado y se dan por ello el parabien algunos ciudadanos enemigos de ruidos, los que saben lo que son las cosas les aconsejan que no canten tan pronto victoria, porque aun queda el rabo por desollar. Y este rabo son las Maritornes, rápsodas dignos de todos los actuales Homeros. Entre ellas, algunas hay que se toman la libertad de tararear al pie del fregadero los preludios de Herz y los estudios de Perny y de Bertini, que ejecuta en el piano la linda señorita de la casa. No hay composición musical que resista á tan dura prueba. Todas se hacen viejas y caducan prematuramente por ese espíritu de imitacion de las fámulas que toman á sus elegantes amas por modelo, y copian malamente la música que ellas ejecutan, como copian tambien todas sus modas de peinado. Y si las fámulas vulgarizan á Donizetti, ¿cómo no han de vulgarizar tambien á Gaztambide?

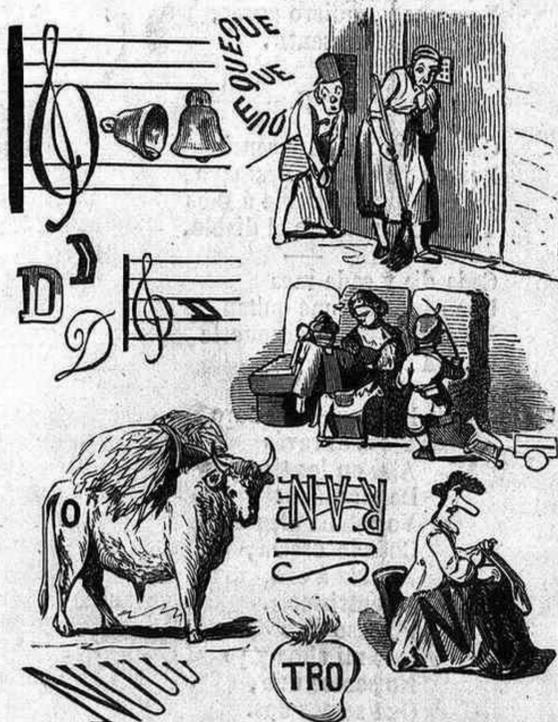
La independencia con que viven en Madrid unos de otros los inquilinos de una misma casa, los cuales con frecuencia ni siquiera de vista se conocen mutuamente, facilita la explicacion de los mas sorprendentes contrastes. Mientras la murga toca que se las pela, felicitando, por ser la víspera del dia de su santo, á cierto buen señor de un cuarto bajo, en el cuarto principal de la derecha de la misma casa hay una recién parida, en cuya alcoba no se permite siquiera resollar á los que la asisten, porque se halla amenazada de una calentura puerperal y su peligroso estado requiere mucha quietud y silencio; en el cuarto segundo de la izquierda se halla de cuerpo presente la hija única de un matrimonio muy bien avenido; en el tercero interior vive otro matrimonio con seis hijos, y el padre, que no contaba para mantener á su familia mas que con su empleo de doce mil reales, recibió el cese el dia anterior, y por último, una de las guardillas se está desocupando por no poder pagar al casero su infeliz inquilino, pobre albañil, padre de dos tiernas criaturas, que habiéndose caído de un andamio, se halla aun inhábil para el trabajo. Y la murga toca que toca, y no sin repugnancia tendrá tal vez muy pronto que hacerse á un lado, para que

otro que se va á examinar de segundo año de la misma carrera, y en las casas inmediatas, al alcance de la agresion de los estrepitosos instrumentos, hay tres alumnos de artillería, y uno de estado mayor, y otro que aspira á ser ingeniero militar y que ha venido de Guadalajara con licencia, para acabar de convalecer en el seno de su familia de unas tercianas pertinaces que le han ocasionado las emanaciones del Henares. Todos velan y velarán toda la noche, todos están trepando jadeantes y fatigosos por las escabrosidades de la ciencia. El tiempo apremia; al dia siguiente se resolverá tal vez el porvenir de toda su vida; no pueden perder un minuto, ni aun para ver á la adorada prenda que es el objeto de sus entusiasmas delirios, y tienen que estar separados, tal vez por espacio de mas de una hora, del encerado y de los libros, porque la murga, con su olfato superior al de los buitres, ha olido que el don Fulano del cuarto bajo de la casa mencionada se llama don Fulano y es víspera de su santo, y el don Fulano no tiene inconveniente en dejarse atronar los oídos por las felicitaciones de la murga.

Y entre tanto, en la casa de comercio de en frente están practicando el balance de fin de mes, y un error de suma puede comprometer los intereses del principal, y, lo que es mas grave aun, la posicion y tal vez la honra de un próbo y laborioso tenedor de libros: ¿Y quién suma enteros ni quebrados sumergido en las sonoras ondas levantadas en el ambiente por toda una batería de artillería gruesa, que bien merecen este nombre las corpulentas máquinas de meter ruido, prohijadas por la murga é inventadas por el mismo diablo?

Nada tendria de particular que los estudiantes y alumnos de que hemos hablado, que son jóvenes y de consiguiente mas vivos de genio que reflexivos, en un arranque de mal humor abriesen el balcon y arrojasen sobre la murga el botijo y los tiestos y hasta la redoma en que la patrona tiene puestos al sereno y en infusion algunos maravillosos ingredientes que, macerados en no sé qué vehiculo, combaten victoriosamente el histérico ó mal de madre. No es antigua la causa que se formó en Madrid á un desventurado que tenia un hijo moribundo, y se libró de un organillista colocado debajo de su ventana, aplastándole bajo el primer mueble que encontró á mano. Si yo, que soy enemigo del bullicio; si yo, que temo tanto un motin por el ruido que mete como por las víctimas que causa; si yo, que cuando voy por la calle y se me pone al lado un sartenero ó uno de esos que pregonan palmatorias, velones y candeleros, me es-

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS. IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE. 4.